



Prólogo

Una de las preocupaciones fundamentales del México del siglo XXI es, sin lugar a dudas, la capacidad que tengamos de generar instrumentos capaces de resolver los problemas que enfrentamos como sociedad, sea en la planeación, operación y buen ejercicio de políticas públicas que respondan más y mejor a los intereses de todos, que nos involucre como colectividad y nos genere mejores expectativas de vida como ciudadanos.

Lo que muchos suelen llamar los grandes problemas nacionales, habría que darles una revisión con métodos más acordes a nuestro entorno. La globalización ha traído consigo algunas cuestiones que no son del todo saludables para los pueblos en proceso de construcción moderna. ¿Por qué? Pues porque simple y llanamente importamos todo y hasta hoy no hemos sido capaces de autogenerar nuestras políticas. Por un lado, por ejemplo en materia económica, o trabajamos con las políticas del modelo de economía planificada o dejamos que el libre mercado nos marque el camino. En ambos casos, formamos o preparamos cuadros en nuestras instituciones de educación superior nacional o en el extranjero para que adquieran las capacidades en una u otra de las escuelas económicas, y seguimos a rajatabla los criterios, técnicas, modelos, etc. Y ante la pregunta: ¿qué pasa con nuestra condición como sociedad producto de una historia y de una identidad? ¿Esa escuela económica es aplicable para nosotros? ¿Responderá a nuestras expectativas? Nunca o casi nunca lo hemos sabido plantear correctamente, lo que nos ha llevado de un fracaso a otro.

Aún en nuestros días, la discusión sobre la mejor manera de explotar recursos del país, como los hidrocarburos, es motivo de enconos ideológicos, en tanto el país sigue en el subdesarrollo y las posibilidades de que las nuevas generaciones vivan mejor se ven limitadas por nuestra escasez de criterio y estrechez de miras. Nadie tiene la razón, todos tienen la razón. Pero como en los cuentos de Augusto Monterroso, al despertar de estos largos y vanos debates, al final, el monstruo sigue allí. Así nos ha pasado por décadas, aun a pesar de los grandes movimientos sociales por los que hemos transitado como nación.

Legislamos por pequeños ciclos y nos negamos a nosotros mismos mejores oportunidades. Todo porque no somos capaces de asumir con plena responsabilidad el compromiso de transformarnos en fondo y forma, partiendo de los elementos que nos proporciona el entorno y dimensionándolos con herramientas y políticas acordes con nuestra identidad nacional.

El trabajo de Juan Manuel Morán Camberos que hemos leído con sumo interés, nos lleva de la mano de la historia nuestra, la más cercana, la que involucró a nuestros padres y abuelos, la que testimoniamos con los edificios, muros, grupos indígenas subsistentes, con la riqueza natural y cultural que nos rodea, la que nos relaciona en nuestro remoto pasado con los actos y determinaciones de los actores de cada etapa de la vida de nuestra comunidad, con el surgimiento del mariachi, con las danzas prehispánicas, con la cultura religiosa, con los vestigios arquitectónicos, con la belleza ecológica de nuestro paisaje, con la riqueza productiva del campo y de la industria, con toda una identidad y expresión de nuestra sociedad.

Y esa identidad nada tiene que ver con los límites político-territoriales que nos hemos dado en el curso de nuestra

historia, porque eso es cuento aparte. La regionalidad nos da un sentido de pertenencia, y si el mariachi es, por ejemplo, un orgullo de México, lo es más de quienes habitamos en el Occidente de México, porque a la par también representan al país la marimba o el conjunto norteño. Y es que es triste recordar acontecimientos sociales que hablan de la desesperación de diferentes grupos a lo largo y ancho del país, que han tenido que expresarse a través de la violencia para que se revalore su condición de mexicanos, al haber sufrido marginación en condiciones de pobreza extrema. Hay varios Méxicos han dicho en los medios de información muchos políticos, pero entre lo que se reconoce y lo que se hace, hay mucha diferencia y la brecha en los extremos sociales se agudiza.

La regionalidad es pues una herramienta que surge de nuestro propio entorno, que se ha venido construyendo a lo largo de las vidas de muchas generaciones, de todos aquellos que participaron en los movimientos nómadas de los pueblos autóctonos, de la invasión española, de la evolución creada durante la Colonia, de la influencia del clero en la determinación de nuestra cultura, de quienes apenas hará un siglo promovieron la Revolución Mexicana, de quienes han apostado por este país para construirse aquí su expectativa de vida.

De todos ellos es México, y éste debe asumirse como la expresión de todas las formas de vida que contiene, de sus visiones, de su modo de trabajar, y eso se resume en regionalidad, pues éste es un territorio en donde cada uno de sus miembros, a su vez, va definiendo su presente y su futuro. Es el espacio territorial-social que involucra a la naturaleza, al comercio, a las expresiones artísticas, etc. Es pues el espacio social que reúnen todas las fuerzas que en él se mueven y que le generan un perfil que lo identifica y diferencia en relación con otros entornos regionales.

Se ha dicho hasta la saciedad que no podemos aplicar políticas públicas de sentido nacional, sino que éstas deben ser ajustadas a las condiciones de la comunidad regional. ¿Por qué regional y no estatal, como está integrada la federación? Juan Manuel en este texto nos visualiza las razones y éstas son bien soportadas en la investigación histórica y se materializan en la visión socioeconómica que plantea al final del texto. Cuando se conformó la República por estados no se dimensionaron los efectos sociales y culturales, fueron, en la mayor parte de los casos, cuestiones coyunturales las que determinaron el espacio de las entidades federativas. Hoy tenemos que reconocer que eso nos ha llevado a una inequidad en las condiciones de desarrollo; a romper con paradigmas sociales de integración a nivel micro, provocando incluso rencillas de límites territoriales, cuando nos debería animar la suma de esfuerzos y la coordinación de tareas para impulsar a las comunidades; en suma: padecemos la división y el enfrentamiento de los intereses que por siempre habían sido comunes.

La globalización es un fenómeno que hoy encaramos y no podemos aferrarnos a las mismas fórmulas para entenderlo y obtener de él sus beneficios y atemperar sus efectos nocivos. La regionalidad es una propuesta reconocida por la CEPAL que nos permite atender nuestra realidad partiendo del diagnóstico de ella misma, pues de sus fortalezas y debilidades surgen las oportunidades y no de doctrinas ajenas a esa identidad, ni de fórmulas ajenas a la manera en que la gente ve su entorno.

Esta idea-fuerza debe ser apoyada por las diferentes instancias de gobierno y asimilarla como propia, desde la figura de la Presidencia de la República hasta el nivel básico de representación que son los ayuntamientos. Debería dimensionarse la región como el espacio único y total, que tiene

esa fuerza endógena capaz de proyectar sus energías y potencialidades con un alto nivel de cohesión y con capacidad de integración global sin menoscabo de la pertenencia nacional, en donde las políticas públicas surgen y se aplican con pleno conocimiento de sus implicaciones, de sus actores, de sus compromisos y limitaciones, de su evaluación y su redimensionamiento para ser ajustadas a los requerimientos de la invención y la innovación tecnológicas. Porque simple y sencillamente son espacios territoriales naturales, de plena identidad social, cultural y económica.

Reconstruyamos los valores de una regionalidad que nos abre los ojos al pasado para entender lo que hoy sucede y nos muestra con claridad hacia donde debemos caminar. Ojalá y podamos valorar este esfuerzo de investigación y que la prospectiva que nos haga llegar el autor en fecha próxima, perfile con idoneidad lo que hoy nos presenta a todos quienes nos interesamos en el desarrollo de nuestro entorno comunitario.

José Trinidad Padilla López